

“Gregorio Condori Mamani” (Autobiografía),
Ricardo VALDERRAMA F. y Carmen ESCALANTE G.
Centro de Estudios Rurales Andinos, 1977.

Javier Zorrilla E.

Es difícil reseñar la autobiografía de un cargador cusqueño. ¿Qué se puede destacar, añadir o quitar de su testimonio vital sin desnaturalizarlo? ¿Qué decir de un hombre que ocupa una de las últimas posiciones sociales al que sólo le queda una mujer enferma y su fuerza de trabajo que, ya viejo, se le escapa? Gregorio Condori Mamani es huérfano. No tiene familia, tierra ni ganado. Aunque nació en Acopia no tiene pueblo. Hace cuarenta años llegó al Cusco para servir a mistis, wiraqochas y gringos. Fue y será un waqcha, uno sin parientes, alguien que transita, va y viene sin grupo fijo de referencia. Unas veces es pastor de ovejas y vacas, otras cuidador de chanchos y burros, una vez recluta y otra presidiario, finalmente limpiador de pisos en una fábrica y cargador. Ahora sobre sus espaldas descansan los dueños, los empleados, los comerciantes, las amas de casa y hasta los mismos obreros. Gregorio se siente solo. Su hijo Tomasito fallece, sus dos primeras mujeres fallecen también. No puede tener más hijos. Su esposa actual, Asunta, está enferma recluida en la casucha de barro y calamina que él mismo construyera. Ya no ayuda a la casa vendiendo comida en uno de los mercados del Cusco. Gregorio envejece más y más. Por eso algunas veces ni siquiera lo contratan para cargar.

Pero la existencia concreta de Gregorio poco importa al antropólogo. A él le interesan las categorías con las que Gregorio organiza su discurso, los mitos que Gregorio narra, los valores con las que orienta su conducta, la asimetría de sus relaciones sociales. El no quiere llegar a la conciencia individual sino a la conciencia colectiva de la cual este hombre es parte y expresión. Inkari, Pachamama, Ukapacha, Hanakpacha, Arariwa: símbolos colectivos a través de los cuales una cultura interpreta una naturaleza, una sociedad y una historia. Vale la pena recordar las palabras de Zuidema en la introducción del libro:

“El relato de Gregorio hace oír una voz completamente propia de la vida andina. El no se asombra de lo nuevo como el cronista del siglo XVI; no trata de identificarse con algo que no es suyo como el autor indigenista; tampoco analiza y descuarta el material como el antropólogo. Describir los trabajos agrícolas para él es evocar Pachamama como una realidad viva y cercana; es evocar la lucha épica del arariwa, recién casado, desnudo como al salir de la barriga de su madre. . . con kerosene y honda, contra las nubes negras para

proteger la cosecha contra el granizo y el rayo”.

Mitos ancestrales que se encarnan en el hombre concreto, en Gregorio, y reinterpretan la historia. Mitos que se transforman en rituales modelando conductas y destinos individuales y colectivos. ¿Acaso no es él un desheredado, un derrotado, uno que vive en el Ukupacha, en el mundo de abajo, adentro de la tierra, sepultado por la técnica, el poder y la ideología del dios vencedor? ¿Acaso no es él un Incarry? ¿Acaso el destino de su Inca, subterráneo y mutilado, no es su propio destino?

Faltaba escuchar la voz directa, natural y libre de un indígena andino, de alguien que vive con nosotros pero no es como nosotros. Ni siquiera Arguedas, indio, mestizo y blanco, pudo hacernos llegar en un relato extenso, por lo demás bien editado y bien traducido, la voz genuina y la experiencia vital de un hombre del ande. Ricardo Valderrama y Carmen Escalante lo han conseguido.